

SAN BLAS, PANAMA:

Un regalo para el alma

Desde hace tiempo rondaba en mi cabeza la idea de descansar durante unos días en un lugar remoto, desconectado de la cotidianeidad, y al que pudiera acceder tras un número razonable de horas de vuelo. Por ahí me comentaron que **San Blás** era exactamente lo que buscaba.

Cuando me contacté con el operador corresponsal en Panamá y le pregunté por estas islas, me dijo: “ah!...es que ahí no hay nada más que naturaleza; no creo que te vaya a gustar porque es muy tranquilo y sencillo. No hay mucho que hacer...” Pero eso era justamente lo que buscaba, así es que compré mis boletos y partí.

El archipiélago de **San Blás** se encuentra en la costa) del mar Caribe panameño. En este territorio de más de 320 kilómetros de extensión, los **indios Kuna** mantienen una sociedad virtualmente autónoma desde los tiempos de Cristóbal Colón. Para llegar es necesario volar desde el aeropuerto doméstico de Albrook, en **Ciudad de Panamá**, en unas avionetas para no más de once personas, incluido el equipaje.

El viaje en sí es toda una experiencia. Hay que tener claro a cuál isla uno se dirige, porque el avión hace escala en varias y nadie informa nada. Todos hablan de **San Blás**, pero nó de cómo se llama en particular cada isla; por lo tanto, si no pregunta a qué isla corresponde el lodge donde se alojará, es altamente probable que se baje en el lugar equivocado y tenga que devolverse por agua o, en el mejor de los casos, convencer al piloto que lo pase a dejar a la vuelta. En todo caso, los lugareños están acostumbrados al sistema y tienen la mejor disposición para ayudar al turista a encontrar su destino.

La mayoría de las islas del archipiélago son muy pequeñas y están deshabitadas, pero aquellas que están pobladas cuentan con gente siempre sonriente y niños que revolotean libres en medio de la naturaleza.

En mi caso particular tenía reservas para alojarse en el **Sabipenega Lodge**, ubicado en la diminuta **isla Daidu**, a unos 15 minutos de navegación en cayuco –canoas típicas de los indígenas– desde Playón Chico, la tercera escala del vuelo desde **Ciudad de Panamá**.

En el muelle, el encargado de dar la bienvenida era don Rutilio, acompañado de las sonrientes Yocabé, Carmelis, Marielia e Indra –algo así como el señor Rourke y sus Tatoon's en la “Isla de la Fantasía”–, todas impecablemente vestidas con sus coloridas “molas” (trajes típicos de los kunas, con diversos motivos y colores) y anchas pulseras de mostacillas colocadas en los antebrazos y pantorrilla. Sus roles eran múltiples: camareras, profesoras de lengua **Kuna**, amigas y contadoras de historias. Hablaban todo el tiempo en su lengua, aunque en tono muy bajo, y siempre estaban dispuestas a atender al huésped y a ayudarlo en todo.

El lodge es rústico y muy sencillo. Contaba con una playa pequeña ubicada a pasos de la ‘palapa’ principal –espacio que servía de living, comedor, bar y área de encuentro, dependiendo de la situación–. También tenía varias hamacas, sillas colgantes y cómodos muebles de mimbre, y en cuanto a la luz eléctrica, ésta alumbraba un par de horas durante la noche, mientras duraba la potencia de un generador. Las habitaciones, en tanto, eran amplios palafitos construidos sobre el agua, a la orilla del mar, todos con terraza. Por supuesto, no tenían aire acondicionado, por lo que había que acostumbrarse a dormir con calor y humedad, y a tolerar la presencia de uno que otro simpático reptil que se asomaba a curiosear los movimientos del visitante.

La estadía incluía pensión completa. Pero, por supuesto, no el clásico ‘all inclusive’ ni menos los buffet de cualquier resort. Se podía disfrutar de comida casera, sabrosa y sin mayores pretensiones. El desayuno era abundante, muy parecido al de cualquier hotel, y los almuerzos y cenas siempre estaban basados en exquisitos pescados, crustáceos y verduras cosechadas en las tierras indígenas. Cocos, piñas y otras frutas tropicales siempre había lista para comer. El trago típico era el ron, y los vinos blancos y tintos eran chilenos, aunque de variedad limitada. En síntesis la gastronomía era “normal” y bastante sana, lo cual fue muy agradable pues no hubo que cuidarse de los famosos kilos que siempre hacen su molesta aparición en estos viajes de descanso.

San Blás es sólo contacto con la naturaleza y el mundo interior. Desconexión total del mundanal ruido. La estadía en estas islas da espacio y tiempo para la contemplación, el

silencio, largas conversaciones, reflexión, lectura, natación, buceo, caminatas por los campos de los indígenas en las montañas y salidas a pescar en canoas. Aparte de la belleza y lo remoto del lugar, una de las cosas que más me gustó fue que en la mañana me preguntaran a qué isla quería ir a pasar el día. La decisión se toma en la medida que los cayucos las van recorriendo, y en la playa que mejor le parezca lo dejan literalmente solo –sin más seres humanos que su acompañante o grupo–, con un par de galletas, antiparras, y un cooler con cervezas, bebidas y sandwiches. Durante todo el tiempo que uno quiera puede bucear, tomar sol, pescar y bañarse durante horas, sin multitudes ni espectadores ajenos. No ve ni oye sino al mar y a una que otra ave que viene a acompañarlo a cambio de unas migas de su sandwich. Durante la tarde, quien quiere puede organizar paseos o simplemente quedarse tendido en la playa contemplando el horizonte bajo una palmera, con la mente y los sentidos totalmente relajados.

La cena tiene lugar temprano y la luz del motor, que a medianoche se apaga, permite admirar el espectáculo de las estrellas y prepararse para un sueño reparador. Así transcurre el tiempo, mientras el cuerpo y el espíritu se recargan de energía.

San Blás es un lujo difícil de encontrar hoy en día, a pocas horas de vuelo desde Santiago y a precios razonables. Queda claro que **San Blás** no es un destino para cualquiera, sino para quienes buscan algo especial. Lo recomiendo para lunas de miel, para ir con los amigos o grupos familiares que sepan o quieran aprender lo que significa bajar las revoluciones, compartir, descansar y pasarlo bien simplemente estando juntos; disfrutando de una vida sencilla, sana y tanto o más fascinante que la que conocemos. En pocas palabras, quienes estén dispuestos a recibir un regalo para el alma.

Escrito por:

Eugenio Cox / Gerente General Expan Tours / ecox@expan.cl

Junio de 2006

Publicado en Revista Travel Time, Noviembre 2006

